

El día en que Enrique Bernstein abochornó al cardenal Samoré

HERNAN MILLAS

Fue en la embajada de Estados Unidos la última vez que lo vi. Estaba sentado, apoyado en su bastón, que llevaba desde hacía algún tiempo. Con una pajarita de colegial que va a hacer algo a escondidas, me preguntó si tenía un cigarrillo. "De veras que tú no fumas", dijo con pesar. El médico le había prohibido los cigarrillos; a veces escondía una cajetilla en un jarrón, pero su esposa siempre daba con ella. De ahí que Enrique Bernstein Carabarras aprovechara alguna salida para fumar, "pero un solo cigarrillo".

Y, a veces, ese único cigarrillo lo apagaba, como si se sintiera en falta. No al médico, o a su salud, sino que a su esposa. Porque Enrique Bernstein y Marta Letelier formaban un matrimonio propio de un retrato en daguerrotipo.

Su clan hogareño estaba en Aculeo, en la casona que fuera de su suegro, Miguel Letelier, todo un patriarca del lugar. Allí, en esos lares, estaba también incorporado su cuñado, el compositor Alfonso Letelier, con su familia. Esas tierras vieron crecer a sus tres hijos y luego a sus nietos. Algún día, tan apurado a los suyos, no podía resistir una tragedia como la triserte de uno de sus hijos en un accidente de aviación, un año atrás.

Su diaria caminata

Bernstein, aunque de 79 años, hasta entonces cumplía animoso con la caminata diaria de tres kilómetros que el médico le recomendó. Salía de su departamento de Ricardo Lyon hacia Providencia en tranco largo, pero debió cambiar la ruta porque no faltaban quienes lo detestaban para conversar. Era un hombre querido. Por eso todos lamentaron el año pasado que el viejo rebelde se derrumbase, asistiendo su fin.

"Era el mejor bailarín que teníamos en la diplomacia", recordaba Manuel Bianchi.

En ese último encuentro, Bernstein me contó que terminaba



Dos grandes diplomáticos: el cardenal Samoré y Bernstein, en plena mediación.

el cuarto tomo, y final, de sus Memorias, que tratan su participación en la difícil mediación.

Esta tarea fue la culminación de sus 43 años de carrera diplomática (¿por qué nunca fue canciller?). Allí demostró sus grandes dotes de negociador, su habilidad de compositor. Porque Bernstein fue esencialmente un diplomático. Educado, culto, sagaz, fino.

Sus Memorias las fue escribiendo en su departamento de Providencia, en una máquina de escribir (siempre con dos dedos) que acomodaba en cualquier lugar. Sólo en Aculeo disponía de un escritorio que habitó en unas viejas caballerizas.

Pero necesitaba ir constantemente al Ministerio de Relaciones Exteriores a consultar archivos. Nunca llevó un diario de vida, menos guardó copia de documentos oficiales (en su pulcritud, habría sido una falta), y todo lo atesoraba en su prodigiosa memoria. A los 80 años, convertaba no sólo su lucidez, sino que su capacidad reflexiva.

Su esposa se había convertido en su secretaria y crítica. El le iba corrigiendo o tachando ("Perdona, pero esta parte no me queda clara").

Con prudencia

Sus Memorias son amenas, sabrosas, abundantes de anécdotas, pero nadie encontrará la indiscreción deseada. Al comentarlas, advirtió que todo lo comentaría "con la prudencia que un diplomático debe tener".

Sin embargo, esa prudencia no era un matapoesías.

Claro que el privilegio lo tenían quienes podían escuchar in vivo y en directo. Cada viernes, hasta que muriese el ex canciller Gerardo Vergara Donoso, al-

moraba en su casa. "Mi maestro", decía con respeto. A la tertulia semanal —toda una fiesta para "don Gerardo", que estaba ciego— acudían José Miguel Barros, Julio Philippi y Sergio Gutiérrez, entre otros.

La mediación era la que le producía más confidencias. Fue la guerra que evitó el Papa Juan Pablo II, asistido por el cardenal Antonio Samoré.

Era una guerra que tenía fecha y hora. "Se iniciaría a las 22 horas del 22 de diciembre de 1978, con la ocupación de las islas chilenas del Beagle", reveló en febrero de 1987 la revista argentina *Somos*. De acuerdo a esa versión, que obtuvo en el Ejército, los últimos toques al desplegar bélico se habían dado en los tres días anteriores. Sin embargo, las fuerzas del "Operativo Soberanía" comenzaron a ocupar sus posiciones desde fines de octubre. Así, desde Buenos Aires se desplazaron a la Patagonia el Cuerpo I y la Brigada de Caballería Blindada; desde el litoral, el Cuerpo II, y unidades de artillería de asalto y antiáerea, con su ferretería.

Invasión y bombardeo

La revista entregaba las fases de la operación: a las 22 horas serían ocupadas las islas en litigio en el Beagle y también Puerto Williams (frente a Ushuaia). A las 0 del día 23 el Ejército cruzaría la frontera por cuatro puntos y comenzaría el avance en el territorio chileno. Sería bombardeado Punta Arenas y en una acción tipo Pearl Harbor serían atacados todos los aeropuertos, buscando destruir los aviones, empezando por Punta Bucael. En la segunda fase se iniciaría otra invasión a la altura de Neuquén para tratar de cortar a Chile en dos.

Bernstein contaba: "Yo también, el 21 de diciembre de 1978, tuve la impresión de que la invasión era inminente. El gobierno argentino había contestado en forma muy dura la nota chilena llamada *Noche de Navidad*. La propuesta chilena de recurrir a la Coete de La Haya era considerada como *casus belli*, justificación de una declaración de guerra". Hasta en las horas, Bernstein coincidió: "Le dije a mi mujer: 'El ataque se va a producir esta noche o en la madrugada, salvo que el Espíritu Santo intervenga'. Bueno, intervine, porque a las diez de la mañana del día 22, y hay que recordar que hay seis horas de diferencia con Roma, el Santo Padre le informó a los cardenales Silva Henríquez y Primatesa que iba a enviar un representante personal para mediar en el litigio entre ambos países".

Encuentro con el Papa

—Santo Padre, usted es políglota, yo no. ¿En qué idioma de los que yo sé quiere hablar?

—Español—, dijo el Papa. Así se inició la primera entrevista de Bernstein, en mayo de 1979. Fue un encuentro privado que duró 45 minutos. El iba vestido como embajador especial ante la mediación.

Con emoción, recordaba ese momento estelar: "Cuando el Santo Padre me dijo 'tome asiento', me di cuenta de que estábamos ante un escritorio muy largo y muy ancho, y que la única silla estaba a un extremo de la mesa, mientras que el gran sillón papal de madera se encontraba en el centro. Me sentí incómodo por la distancia y él se dio cuenta inmediatamente. Pero, en vez de decirme 'acerque la silla', levantó el en vilo su sillón, que debe haber

pesado unos cincuenta kilos por lo menos, y lo puso al lado de mi silla. Buzó ese gesto para que yo me sintiera inmediatamente en confianza".

Decía: "Después de esa audiencia, tuve la seguridad de que no había hablado con un político ni con un diplomático, sino que con el Vicario de Cristo aquí en la tierra".

Después tuvo que trabajar con el cardenal Samoré y conocer los entretelones de la diplomacia vaticana, que considera la mejor del mundo. "Se combina todo: la prudencia; la mejor información, ya que cada obispo, cada sacerdote y congregación a través del mundo la está entregando; luego está la forma de vida de estos diplomáticos-religiosos; y, además, el Espíritu Santo pone su cuota".

El momento más dramático lo vivió en agosto de 1979. La mediación no avanzaba, por la olla de grillos de los uniformados del otro lado. El general Videla era prisionero de los sectores ultra, como el almirante Isaac Rojas y el general Osiris Villegas. Sólo Chile ofrecía buen concurso.

Un día, el cardenal Samoré llamó a Bernstein, quien apenas lo vio pudo comprender que le tenía malas noticias:

—Embajador—le expresó—, quiero decirle que esta mediación no camina, y he llegado a la conclusión de que no soy el hombre para llevarla adelante.

"Sentí que se me venía el mundo encima", recordaba Bernstein, "porque imaginé que la renuncia del cardenal traería la del Papa a la mediación, y otra vez estaríamos al borde de la guerra. Le respondí: 'Entonces, cuando venía hacia acá pensaba: Felizmente hay tanta gente que está rezando en Chile y Argentina porque la mediación resulte; y ahora llego aquí y usted me dice que va a renunciar'. Agregué algo poco diplomático: 'No, no puede ser'".

Samoré "se puso pálido y yo también, porque comprendí que había sobrepasado la línea. Luego el cardenal entrojé y una vena de la frente se le marcó".

—Excellencia—me respondió, dándome un tratamiento que nunca antes me dedicó—es ésta la primera vez que un diplomático extranjero osa darle una enseñanza de principios católicos a un Príncipe de la Iglesia".

Bernstein contaba que, angustiado, invocó al Espíritu Santo.

—Eminencia—balbucó—no he tenido la menor intención de darle una enseñanza".

—Si—le respondió Samoré, con una nueva disposición que se trasladaba en su rostro—, Usted me ha recordado lo que es la comunión de los santos, el poder de la oración. Pues sepa que no voy a ir donde el Papa y no renunciaré".

Confío en que los dos grandes diplomáticos hayan vuelto a reunirse.

El día en que Enrique Bernstein abochornó al cardenal Samoré [artículo] Hernán Millas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Millas, Hernán, 1921-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El día en que Enrique Bernstein abochornó al cardenal Samoré [artículo] Hernán Millas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile